

JORGE F. HERNÁNDEZ

Nota introductoria de
JOSÉ DE LA COLINA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

COORDINACIÓN DE DIFUSIÓN CULTURAL
DIRECCIÓN DE LITERATURA

MÉXICO, 2011

Diseño de colección nueva época: *Mónica Zacarías Najjar*

Primera edición: 24 de octubre 2011

DR © 2011, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, 04510 México, D.F.
Coordinación de Difusión Cultural
Dirección de Literatura

Impreso y hecho en México

ISBN 978-607-02-2741-7

NOTA INTRODUCTORIA

Me piden un prólogo para una reunión de cuentos de Jorge F. Hernández, lo cual me obliga a preguntarme qué, en principio, es un cuento, y esto me causa una *mise en abîme*, es decir me pone ante un abismo del que veo dónde se abre pero no hasta dónde tiene el fondo, si es que lo tiene, y ya sospecho que la pregunta deberá pasar por otras preguntas sucesivas, reciclables y también sin fondo, digamos: ¿qué es la vida?, ¿cuál es la relación de la vida con el cuento?, ¿cuál la relación de un cuento de Jorge F. Hernández con el género del cuento y, de paso, con la vida?, ¿y cuál la relación de un cuento del susodicho J.F.H con el lector que soy?, y, a propósito: ¿qué clase de lector soy?, o mejor dicho: ¿quién soy y cuál es mi relación con la literatura... y con la vida?

Así, sin darme cuenta, me habría deslizado al vértigo, como suele ocurrir cada vez que tratamos de recorrer una cinta de Moëbius, esa demoníaca invención que es una sola superficie retorcida en sí misma para cerrarse con los extremos unidos, pero da dos vuelta, de modo que la superficie es a la vez dos y sólo una, y, como el 8 horizontal (∞), significa el Infinito.

¿Qué hacer? Recuerdo aquello que dijo cierto sabio inolvidable (aunque por el momento no recuerdo quién) al que preguntaron acerca de algo, y respondió: "Si me lo preguntan, no lo sé; si no me lo preguntan, lo sé."

¿Mejor será comenzar, por ejemplo, con Jorge F. Hernández *tel qu'en lui même*?

Va en tentativa y como un relato *without fiction*:

En algún día de los últimos años ochenta, un joven de imponente y casi imperativa corpulencia entre balzaciana y chestertoniana y de tan marcada dicción madrileña que no pude menos de sospechar que era un madrileño *voluntario*, no de origen (y luego sabría que era mexicano y, el colmo, era deefiño), entró en la oficina —de pronto aún más achicada por su sola presencia— de la redacción del semanario cultural que yo dirigía, y con el aplomo de Colón al poner vertical un huevo sobre la mesa, puso horizontal sobre mi escritorio “El huevo de Colón”, un texto de unas veinte cuartillas del que dijo que era un cuento aunque se titulaba “Crónica de un viaje trasatlántico” (qué cosa más rara, porque los cuentos no suelen llevar subtítulo). El cuento/crónica era bueno, o buena, y lo publiqué. Luego, tras haber yo leído otros cuentos ¿u otras crónicas? de Jorge F. Hernández (a ver, trate usted de decirlo en voz alta sin traducirlo a “Jorge Fernández”) he llegado a la conclusión de que lo que más tilt (o tilín, dicho sea al modo de los Madriles) le hace, es escribir textos mestizos, o intergenéricos, es decir textos entre cuento y crónica, o entre ensayo y cuento, y aun de ese ente polimorfo que está entre crónica, ensayo, relato y pianola con vista al mar.

Esa condición mestiza de la escritura de JFH se manifiesta en sus dos novelas y/o crónicas y/o ensayos que ha publicado hasta ahora en plan de novelista: *La emperatriz de Lavapiés*, de 1999, y *Réquiem para un ángel*, de 2009. Si Stendhal, rimando con un tal Saint-Real, decía que la novela es un espejo paseado a lo largo de un camino, de las dos novelas de JFH diré que una es un espejo paseado a lo largo, lo ancho e incluso lo profundo (dimensión

que suele ser difícilmente paseable) de la ciudad de Madrid, o Los Madriles, y la segunda refleja, en calidoscopio, a la Ciudad de México, o Esmóxico City. En ellas JFH vaga, divaga, extravaga con una golosa escritura divagatoria, tentada de incurrir en el poema en prosa y frecuentemente caída en tal tentación, o, mejor dicho: elevada a ella, mediante el proceso narrativo de la cinta de Moëbius, que permite contar algo y a la vez lo sospechable y los *quizás* de ese algo. Se diría que en la primera novela el autor se dejó conducir por el greguerístico Ramón Gómez de la Serna, cuya mirada ramonea por la realidad periférica, y que en la segunda novela (que revisita, medio siglo y mucho esmog después, *La Región más Transparente*, de Carlos Fuentes) tuvo por guía, en algunos de sus pasos, a John Dos Passos, el novelista/cronista de narratividad calidoscópica. Pero...

Pero en este cuadernillo de la colección universitaria "Material de Lectura" (vaya material tan espiritual) tenemos, no las novelas de JFH, sino unos cuantos cuentos de JFH, en los que hay mucho de la destreza, la tejemanajería, el gozoso flujo narrativo del autor de marras (perdón, nunca he sabido qué quiere decir "de marras", expresión odiosa que no sé cómo pudo pasar a mis dedos y de éstos al teclado), pero ahora todo ello más adelgazado, más sintético o sinóptico, más puramente narrativo, como exige el género. Y como no se trata de apagar los cuentos mediante un análisis que aboliría el *suspense*, permítaseme decir tan solo, pero nada menos, que son cuentos excelentes, que, *quizás*, uno habla de eso que se diluye en los espejos, otro de una noche de ronda, otro de un farol en la noche y otro va de regalo, o sea en un tentador paquete que no se vale abrirlo antes de decir gracias.

Y, como conclusión (por ahora), a ver, diga usted Jorge F. Hernández sin traducirlo a “Jorge Fernández”.

JOSÉ DE LA COLINA
*México, a 18 de octubre de 2011,
en Esmógico City, D.F.*

NOTA BIBLIOGRÁFICA

Jorge F. Hernández (México, D.F., 1962) se considera guanajuatense por su gusto, adicción y origen familiar. Hernández vivió los primeros años de su vida en Colonia, Alemania y en Washington, D.C. Su tesis de licenciatura, *La soledad del silencio. Microhistoria del Santuario de Atotonilco*, fue publicada en 1991. Ha sido colaborador de la revista *Vuelta*, de la *Gaceta* del FCE y de las revistas *Artes de México* y *FMR*. También ha participado como columnista en los diarios *Reforma* y *El País*. Su primer libro de cuentos, *En las nubes*, apareció en 1998. *La emperatriz de Lavapiés* es su primera novela.

Colaboró en la revista *Cambio*, de Gabriel García Márquez, a través de su columna "Enormes minucias". En la actualidad, publica la columna semanal "Agua de azar" en *Milenio Diario*, desde 2000.

UN FAROL EN LA NOCHE

Éramos los dueños del mundo y no nos cambiábamos por nadie. *Todos para uno y uno para todos*, para cada uno de los cinco amigos que moldeábamos todos los días de aquella época con la despreocupada certeza de que nada amenazaba el imperio que manteníamos sobre nuestras vidas. Cinco novilleros, al filo de los diecisiete años, con suficientes leguas andadas como para suscitar esperanzas entre los taurinos de verdad, los aficionados de cepa, esos que tenían cara de volverse apoderados o mecenas de nuestras ilusiones. Cinco toreros, con apenas seis novilladas toreadas, que asegurábamos el futuro con promesas, pero también con mucho sudor que transpirábamos toreando de salón en los Viveros de Coyoacán, el mismo que se mezclaba con la adrenalina del pavor en las noches de luna llena cuando toreábamos sementales en ganaderías de prestigio.

Las canas parecen convencerme de que éramos vagos e, incluso, delincuentes. El paso de los años ha trastocado la pureza de los atrevimientos de antaño: lo que parecía heroico se ha convertido en locura y las travesuras inocentes se filtran ahora en la saliva con el sabor de lo irracional. Fuimos los que por encima de las calificaciones escolares llevábamos el título de toreros y eso valía más que los diplomas. Por eso llegábamos tarde a la escuela, sudados de tantas faenas extenuantes con las que iniciábamos cada día desde las cinco de la mañana. Mucho antes de que amaneciera, al tiempo que nuestros compañeros seguían dormidos, nosotros cumplíamos el calisténico ritual de fomentar nuestros músculos y apuntalar la agilidad personal en cada uno de nues-

tros movimientos. A la hora en que los demás recibían de sus madres el consentido ritual de sus desayunos, nosotros descifrábamos las mañanas con la lidia imaginaria de toros bravos. Había que aprender a *echar el toro*, saber embestir como animal bravo porque allí se veía quién se había parado delante de un toro de veras o fingía haberse pasado uno por la barriga. Teníamos que arrastrar los pies, arqueando la espalda y llevando los brazos extendidos como si fueran cuernos, exagerando lentamente los giros como si las piernas llevaran atrás otro par de patas, y había que torear exagerando la lentitud de cada movimiento para adquirir eso que llaman el temple para marcar cada tiempo de un lance y cada etapa de un mulatazo como si fuera la memorización de una sensibilidad innata.

Fuimos cinco maletillas que en once ocasiones violamos las leyes de la propiedad privada, saltando a la medianoche las bardas de piedras y las alambradas de púas, para armar un ruedo hipotético en medio del potrero donde se veían flotar las sombras más negras del reino animal. Sólo en dos ocasiones fuimos sorprendidos por los caporales y solamente una vez nos alcanzó un charro enfurecido que tuvo a bien rematar los puñetazos con el peso de su sombrero. Nos agarró literalmente a sombrero, pero lo que más dolía era la rabia con la que nos gritaba. Nos decía que habíamos echado a perder un torazo que ya había sido seleccionado para ser lidiado en la Plaza México, apartado nada menos que para un cartel de figuras. Al día siguiente, aún sin reponernos de la golpiza, nos valía madre la culpa y nos arrepentíamos de no haber matado a estoque al toro de marras o al caporal enloquecido, porque nos sentíamos superiores a cualquier ley y mejores que ningun-

no. Hacíamos *la Luna* porque éramos dueños de la noche y nada ni nadie podía quitarnos la ilusionada certeza de que acariciábamos la gloria, a pesar de que pasábamos fríos en camiones de redilas cuando lográbamos viaje, cobijados con el pesado percal de nuestros capotes y el vaho compartido de nuestras respiraciones. Ahora calculo la cantidad de kilómetros que recorrimos a la vera de los caminos y no me sorprende saber que ya no se ven maletillas por las carreteras, pero en aquella época éramos parte del paisaje: cinco flacos de mezclilla, con sus respectivos líos colgados a la espalda, atados por los estaquilladores con los que armábamos las muletas. Cinco siluetas sin prisas, calzados con botos camperos idénticos o tenis blancos gemelos hasta en las manchas de lodo y sangre. Cinco fantasmas armados con espadas dizque toledanas con las que íbamos marcando los acotamientos de las carreteras como huellas de víboras desconocidas. Cinco caballeros andantes con las ilusiones perdidas entre las nubes que rayaban el horizonte.

Bastaba que uno de los cinco se enterase de que se llevaría a cabo una tiente en cualquier ganadería para que los otros cuatro asumiéramos de inmediato todas las exigencias de una emergencia: la ronda de los pretextos ante las respectivas familias, la retahíla de mentiras en la escuela, la coperacha para los gastos y el sorteo obligatorio para definir quién de los cinco torearía primero. Llegábamos a la ganadería en turno y los señores nos mandaban a sentarnos en las bardas encaladas de los tentaderos como decoraciones de escenografía. Los cinco temblando inquietos no de miedo, sino de ansias por recibir la venia de poder *dar las tres* a esas vacas cansadas de tanto trapazo que les daban las figuras, los toreros que ya

cobran en plazas de prestigio. En el mejor de los casos, nos dejaban probar si de veras queríamos ser toreros en alguna tienda de machos, cuando hay que llevarlos al caballo y sobrellevar su estancia en el ruedo sin el auxilio de capotes, si acaso con el engaño de una rama o cualquier palo, armando mancuernas en las que nos hacíamos mutuamente el quite a cuerpo limpio.

Pero la mayoría de aquellos días de gloria transcurrían en los Viveros de Coyoacán, de cinco a siete de la mañana, vestidos con gastadas camisetas y desgastados *pants*, que por españolizados llamábamos *chándals*, ceñidos a nuestros cuerpos como auténticos trajes de luces. Ahora parece increíble que me sintiera dueño de un porte majestuoso enfundado en aquella holgada sudadera de color azul marino que no he podido olvidar hasta la fecha. Recuerdo cada pliegue de mi capote y el olor exacto que tenía mi muleta en cuanto la armaba con el estoque simulado. Me acuerdo sin mancha del olor de mi sudor, sobre todo en las mañanas después de haber asistido a alguna fiesta, cuando las hormonas impusieron la necesidad de usar lociones y aún antes de que afeitarse fuera una obligación. Casi nunca llegué a entrenar a los Viveros impregnado con el perfume de alguna de las muchas niñas que creí ligar con la impostura de que yo iba directamente a convertirme en figura del toreo. Tampoco puedo olvidar el hedor trasnochado cuando el azar dictó todas las mentiras engañosas del alcohol. Pensar que cualquier resaca etílica se esfumaba con el mínimo esfuerzo: tres horas de sueño, dos horas de sudor y una Coca-cola. Reconocer que fui conciente del progresivo daño con el que me corneaba a mí mismo en cada borrachera. Aceptar que fue precisamente el alcohol fundido en

mi sudor lo que impidió que alcanzara el sitio que supuestamente me había garantizado el destino.

Pensar, reconocer, aceptar... porque mi conciencia se ha convertido en un farol en la noche. Al recordar ahora lo que fue la primavera de mi vida veo que la realidad de todos los días se ha convertido en un callejón apenas iluminado por mi conciencia. Su luz alcanza a alumbrar algunos recuerdos aislados, pero me siento rodeado por sombras que no alcanzo a distinguir y vuelvo a sentir el mismo tipo de miedo que se filtraba en mi piel cuando la revestía con seda, oros y luces. Era el puro miedo a lo incierto y a los vuelcos que da el azar, nunca miedo a lo palpable ni a lo obvio. Que los demás toreros les tuvieran miedo a los toros me parecía una obviedad que no merecía el mínimo respeto. ¡Claro que infunden miedo los toros! Pero más miedo me daba el ridículo, el *paripé* impredecible, el petardo insospechado, los gritos de la gente y sus ojos desorbitados. Miedo puro, y el único pavor: la muerte. La misma que ronda ahora mi ánimo al intentar poner en palabras la emoción insustituible, la adrenalina inmaculada por el tiempo, que sentía en cada poro de mi cuerpo cuando me sabía dueño del mundo, acompañado en cada paso por cuatro compañeros inseparables. *Todos para uno y uno para todos*. Millonarios sin *parné*, toreros de época pero anónimos, andaluces agitanados sin conocer España y hombres de pies a cabeza que nos jugábamos la vida en serio, aún sin habernos quitado las lagañas de nuestra adolescencia.

Me llamaban Gargantilla, porque así apodaban a mi padre cuando era imitador de voces en la radio y porque nadie me ganaba en el atrevido reto de beber todo tipo de alcoholes directamente de la botella y de un solo trago. Creo haber usado más de diez nom-

bres en diferentes carteles, por el ánimo cambiante que le imprimía a mi tauromaquia o por la necesidad de ocultar ante mi familia el verdadero paradero de mis escapadas. Nos daba por inventar que nos íbamos todos juntos de ejercicios espirituales a conventos inexistentes y entonces teníamos que anunciarnos con nombres y apodos inventados apenas la víspera de las corridas para que ningún conocido le informara a nuestras familias. Recuerdo una noche en Ojuelos, Jalisco, en que los cinco llegamos al pueblo sin haber definido quién sería el Estatuario y cuál de los otros cuatro partiría plaza con el nombre de Julián Soriano, porque no siempre podíamos torear los cinco y nos vimos forzados en más de una ocasión a tener que rifar entre nosotros la identidad, como si la verdad fuera transferible y convencidos de que cada uno de nosotros podía ser cualquiera de los otros. Nos sentíamos idénticos y, sin embargo, tengo para mí que por debajo de la camaradería llevábamos un irrefrenable deseo de sobresalir por encima de los demás, condenar a los otros a convertirse en banderilleros de mi propia cuadrilla. Confirmando que la amistad inquebrantable en realidad se rompía dentro del ruedo, desde el momento mismo en que partíamos plaza, y que esa camaradería —incluso la hermandad que compartíamos— se limitaba al consejo lanzado desde el burladero al observar cualquier duda delante de la cara del toro, las enhorabuenas o ánimos de consolación que nos decíamos en el callejón luego de los triunfos o fracasos y al ejercicio de algún quite que salvara al otro de un posible percance.

Pero había otro tipo de quites. Eso que se llamaba antes “tercio de quites” cobraba una dimensión inconmensurable en cuanto los cinco hacíamos coincidir sobre el ruedo nuestras ganas de querer superar

a los demás. Los aficionados de hoy desconocen que solamente se puede comparar el valor, arte y recursos de un torero con otro cuando éstos se miden ante un mismo toro. Así como ya no se ven maletillas haciendo *la Luna*, así tampoco se dan los tercios de varas en que los tres toreros ejecutan la competencia de sus respectivos quites. Una coreografía sin música que, en las pocas novilladas en las que alterné con mis cuatro hermanos de luces, se volvía un espectáculo digno de cualquier teatro. Mi vejez a media luz se ilumina ahora con el recuerdo preciso de una tarde soleada en San Luis Potosí en que realizamos entre los cinco, doce quites diferentes ante un toro y no novillo, que conforme recibía los puyazos realmente se crecía al castigo con la misma pasión desproporcionada con la que nos arrebatábamos el turno de enfrentarlo. Chicuelinas, navarras, orticinas, un quite por tijerillas, dos versiones diferentes de la Mariposa (yo con el capote a los hombros y Mancera con la capa a la altura de los codos), el quite de oro que ejecutó Macedo como si fuera la reencarnación de Pepe Ortiz en persona, tafalleras, saltilleras y cinco maneras distintas para definir la rebolera. Ni la vejez podrá quitarme el orgullo de que aquella tarde logré imponerme a los demás por obra y gracia de un remate que dejó hipnotizado al torazo aquel, al mismo tiempo que dejó helados a mis compañeros y a más de uno de los banderilleros que nos auxiliaron esa tarde. ¿Me entienden si dejo asentado que hablo de una larga cordobesa?

No puedo dilatar más en nombrar a cada uno de mis fantasmas, como si los sacara de las sombras. Nos llamábamos Mariano Mancera, Víctor Macedo *el Jerez*, Luis Ramos *el Abogado*, Rafael Icaza *el Pinturero* y Fabián Órnelas *Gargantilla*, aunque Mancera y

mi *menda* toreamos cada uno dos novilladas en distintas ciudades compartiendo el nombre de *Julián Soriano*. No quería poner los nombres, porque en el fondo, me duele el recuerdo: fuimos inseparables y dueños del mundo, pero hace treinta años que nos dejamos de ver. Éramos hermanos y la vida nos separó. Cada quien tomó los rumbos más insospechados y ninguno, que yo sepa, tiene más relación con los toros que la asistencia ocasional a alguna corrida de esas que resultan inevitables. Ninguno tomó la alternativa y solamente Macedo y *el Pinturero* lograron torear en la Plaza México sin más gloria que la de haber salido vivos de sus respectivas actuaciones. Hace años supe que Mancera sí logró terminar una carrera universitaria y que ahora se anuncia como Ingeniero; que Macedo se fue a vivir a un balneario por razones de salud y terminó siendo el administrador del lugar; Luis Ramos cumplió su apodo y creo que es abogado en Moroleón, Guanajuato, y *el Pinturero* fue el único que logró cumplir el sueño de vivir en España. Dicen que se dedicó al cante jondo en un sótano agitanado del viejo Madrid.

Me falta definir, como si esto fuera un testamento, que Víctor Macedo era un torero de pura escuela sevillana, alegre hasta en la forma en que se proponía banderillar a la carretilla de todas las mañanas. Tenía la fisonomía de una tauromaquia impregnada por el mismo duende con el que se debe interpretar la música flamenca y su cuerpo era una escultura que, sin embargo, aparentaba fragilidad, como si sus piernas inmóviles sostuvieran una osamenta cuyos brazos se quebraban al lancear. Era un torero sevillano, mas nunca lo vimos caer en la vulgaridad bullanguera de los diestros baratos que lidian siempre con prisas, brinquitos y engaños. Macedo era un

artista, pero ataviado con el dominio casi matemático de la técnica.

Mariano Mancera, por el contrario, era un torero rondeño, clásico hasta en los colores de los ternos que alquilaba. Propenso a la seriedad, hierático a la hora de asimilar sus miedos, Mancera siempre toreó de acuerdo con los cánones establecidos, sin inventar recursos al vuelo aun en los momentos en que las embestidas de los animales inciertos exigieran alguna improvisación. Si lo tuviera que definir con una imagen, me quedo con las siete verónicas exactas y medidas con las que acostumbrada iniciar sus faenas de salón todas las mañanas, mismas que logró instrumentar con precisión ante un novillo cariavacado, berrendo, botinero y corniapretado que, no obstante, me es imposible recordar en qué plaza lo lidió. Mariano era un científico en el ruedo que, no por eso, excluía la epifanía ocasional de alcanzar los momentos sublimes del arte puro.

Luis Ramos era el mejor exponente de lo que llaman el toreo mexicano, heredero de la tauromaquia de toreros aztecas que bien podrían lidiar reses vestidos de charro en cualquier plaza del mundo. La forma en que abría el compás al alargar los muletazos, inclinando su cabeza como si quisiera recostarse sobre las hombreras del traje, producía un ensueño que alargaba los oles en un hipnotismo colectivo. De los cinco, Luis era el que más sabía de los toros como animales, pues los veía con ojos de caporal, como si toda su vida hubiese convivido con ellos en el campo. Apenas salían de la puerta de toriles, Luis ya tenía asimilados los tonos de sus embestidas, las querencias que había que desengañar, los terrenos más propicios para su lidia y el ritmo inexplicable de sus respiraciones.

Rafael Icaza podría haber sido pintor y hacer congruencia con su apodo porque todo lo que realizaba con capote y muleta parecía un óleo sobre tela, así fuera en la mañana fría de los Viveros de Coyoacán o en una tarde soleada en la plaza de Querétaro. Su recuerdo se dibuja en mi memoria como una sucesión de acuarelas con movimiento, aguafuertes en carne y hueso que vi con mis propios ojos. Quizá por eso, más que lances de cabo a rabo se me han quedado en la vista sus recortes, esos pellizcos donde soltaba una punta del capote con la forma caprichosa y señorial para dejar a los toros en la plaza, o a las vaquillas en los tentaderos, justos en suerte ante el picador. Del mismo sabor eran sus desdenes, pases de la firma y demás guiños con los que jugaban los vuelos de su muleta y que asentaban ante cualquiera que el toro había quedado atornillado sobre un palmo de terreno, luego de haberlo hecho pasar a milímetros de sus rodillas. La pura geometría del arte.

No está bien que lo escriba, y menos a esta altura envejecida de mi vida, pero lo mío era la grandeza. Creo haber ejercido una tauromaquia engréida y soberbia, exagerada en todas sus formas. En las diecisiete novilladas que toreé, con los treinta y dos animales que maté y en las incontables veces en que me enfrenté a vaquillas de tiente, sementales en la noche o en los quites que realicé a novillos de mis compañeros, reconozco haber obedecido al impulso de una dicotomía: la euforia desbordada o la desolación irremediable. Siempre me vestí de luces con el convencimiento de que salía por la puerta grande en hombros o sería llevado en hombros a la puerta de la enfermería.

Todo o nada, sin medias tintas, lo que explica por qué fui el único de los cinco que tuvo que sobre-

vivir al bochorno de que se me fueran tres toros vivos al corral. Fui el único que se enfrentó al doloroso relicario de cornadas que fueron mermando mis facultades y al ya confesado vicio de querer festejar cualquier oreja o fracaso con manantiales de aguardiente. Me sofoqué el alma con champaña lo mismo que con mezcal, y así como era capaz de glorificar un sólo muletazo bueno, así también me dejaba ensombrecer hasta la desolación con el sabor que me quedaba en la boca luego de no haber podido cuajar una faena decente. Quedará en mi abono que llegué a vivir tardes monumentales, arte grande, poesía en movimiento, grandeza incuestionable que aún justifican toda una vida y dan sentido al faro de mi más íntima satisfacción.

Eso es todo. Un farol en la noche. Como la vez en que un aficionado cuyo nombre ni recuerdo logró ilusionarnos con el loco proyecto de que los cinco mosqueteros hiciéramos empresa en Tampico, Tamaulipas. No habíamos cumplido aún los diecisiete años, ni contábamos con más matemáticas que las indispensables para ir pasándola en la escuela, y el imbécil aquel logró embelesarnos con la idea de que podíamos armar una novillada en Tampico nosotros mismos y, además, abrir una temporadita que ofreciera oportunidades para otros novilleros igualmente jodidos. El negocio precisó de una inversión inicial que, desde luego, fue cubierta por nuestras respectivas familias y una que otra artimaña: creo recordar que Mancera, Icaza y yo, terminamos poniendo el dinero íntegro de nuestras colegiaturas, incluidos los montos de reinscripción, y habiendo argumentado ante nuestros padres que “la escuela andaba en problemas financieros” y que el director había solicitado “el pago total de un año y el enganche del

siguiente” para dizque “garantizar la continuidad de nuestra educación”. Macedo y Ramos vendieron casi todos los aparatos eléctricos que lograron sustraer de sus hogares, y no dudo que de alguna que otra casa ajena.

Inocentes y pendejos, le entregamos al empresario el monto total de lo que recaudamos como inversión inicial y él dijo que se comprometía a comprar los animales, encargar las banderillas, apalabrar a las cuadrillas y negociar los permisos ante el H. Ayuntamiento de Tampico. Para sacarnos un poco más de dinero, recuerdo que se presentó en los Viveros de Coyoacán con los carteles ya impresos. La desmañanada ilusión de ver en tinta nuestros nombres, la fecha distante apenas por dos semanas y el renglón que rezaba “novillos-toros de ganadería por designar” nos nubló la vista. No nos importó comprometernos formalmente a reunir el *parné* que faltaba, ni tampoco que apareciera anunciado el Pinacate, un perfecto desconocido del que jamás habíamos oído ni chismes. Si acaso, Mancera quiso aclarar el porqué saldríamos seis novilleros en vez de los cinco que habíamos aceptado el negocio, a lo que el gángster respondió con el recurso de que “es que ya conseguí seis toros y ni modo que el sexto lo toreen entre los cinco”.

Cada quien alquiló el mejor terno posible, según las posibilidades con las que cada uno había logrado obtener más dinero del que ya habíamos entregado a ciegas. Yo debo la elegancia de un vestido obispo y oro, casi nuevo y bien lavado, a la generosa consideración que me hizo don Pepe Bañuelos, arcángel que se dedicaba al alquiler de ropa y avíos para torear en la cochera de su casa, allá por las calles de Chimalpopoca, en el Centro de la Ciudad de México. Ahí

también alquilaron sus ternos Macedo, Mancera y Ramos, pero me consta que a mí me cobró menos, pues era sabido que don Pepe me tenía predilección. Además, Macedo escogió un canario con pasamanería en azabache, Mancera un anciano traje que en alguna época pudo haber sido verde y Ramos, un azul pavo y oro con algunos cabos negros, que podrían haberlos resignado a salir de subalternos en mi cuadrilla. Que cómo le hizo Icaza para estrenar en Tampico un hermoso traje grana y oro, recién salido del taller de una sastre madrileña, permanece como un misterio a la fecha. Haciendo cuentas, calculamos que sólo con lo que valía ese terno podíamos haber pagado todo el numerito, incluido el transporte y el hospedaje.

Dos días antes de la fecha anunciada y sin haber entrenado en los Viveros —porque así le hacen los toreros que son figuras—, nos citamos en la estación de autobuses y nos embarcamos en lo que sería una de las aventuras más entrañables de aquella época de glorias sin precio. En medio de los demás pasajeros mundanos, íbamos cinco toreros dueños del universo, indignos de ser confundidos por simples mortales, engreídos, presumidos, mentirosos y plenamente mamones. Apenas arrancó el autobús nos enfrascamos en narrar en voz alta, para que lo oyeran los vecinos de asiento, anécdotas infladas por la vanidad, hazañas exageradas y sangrones acentos andaluces. No tardamos en sentir que por encima de los asientos, asomado sobre los respaldos, nos miraba absorto un insecto que sería insignificante si no fuera por los lentes de fondo de botella que le cubrían la mitad de la cara. Era un muchacho cuya cabeza parecía tener las dimensiones normales de cualquier ser humano, pero decorada por dos inmensos ojos,

magnificados por las quién sabe cuántas dioptrías que tenían los cristales de sus gafas.

Creo que nos reímos todos, y acepto que fui el que más, al interrumpir nuestra tertulia taurina y encarar al intruso. El colmo de la escena fue cuando el mosquito decidió abrir la boca, mostrar una hilera de dientes desalineados y atreverse a soltar algún comentario sobre la lidia de reses bravas. Todavía me avergüenza recordar cómo intentamos callarle la boca, argumentarle que nosotros éramos figuras y que su comentario no venía al caso, cuando tuvo a bien decirnos en voz baja:

—Yo soy el Pinacate.

El trayecto de nuestro autobús cambió de rumbo en ese instante: en vez de ser un largo recorrido de más de ocho horas de ensoberbecidas ilusiones, los cinco asumimos el camino hacia una novillada que dejaba de ser de lujo para convertirse en la penosa ocasión de compartir cartel con un insecto inclasificado. El bombardeo de preguntas con las que pretendíamos desacreditar al advenedizo se inició con “¿a poco toreas con los lentes puestos?” y terminó con el obvio cuestionamiento de “¿y qué chingaos es un pinacate?”.

Supongo que ya habíamos pasado por Pachuca cuando el sexto espada tuvo a bien confiarnos que él toreaba sin lentes, “jugándome de veras la vida”, con lo cual, por lo menos yo, sentí que me picaba el orgullo y me forzaba a demostrarle en el ruedo quién de los dos era la verdadera figura en ciernes. Debo subrayar que en esa época, las lentillas de contacto no sólo eran los artículos de lujo de cualquier óptica, sino un recurso reservado para artistas de cine. Tenía cojones el personaje aquel al soltar así, sin más, que él toreaba “con el olfato y ni

mi'mporta si veo borroso". Sin embargo, su desplante se quebró en cuanto confesó que un pinacate es "un escarabajo que huele bien feo", pero que a él le decían así "porque de chiquito me la pasaba jugando en los charcos".

Las horas en el autobús que parecían interminables se aligeraron con las risas incontrolables que provocó la etimología del pinacate. Incluso las pocas cabeceadas y mínimos sueños que quisimos conciliar a lo largo del viaje se interrumpían con alguna carcajada, soltada por cualquiera de los cinco, provocando la resurrección de la risa contagiosa entre los demás. Una serpentina de risas, de las que se vuelven vértigo y hasta el mareo de Macedo que amenazó con vomitar, lo que motivó una seria amenaza del chofer del autobús y no pocos insultos de los demás pasajeros que nos quisieron bajar del camión en medio de la noche.

Llegamos a Tampico la víspera de la corrida, sin poder reír más y cargados con la ilusión de que cada quién podría ser triunfador por encima de los demás, pero convencidos de que nadie se quedaría por debajo de la cucaracha insignificante que fardaba el taurinísimo adorno de los telescopios sobre sus ojos. Desde luego que no nos alcanzaba el dinero para alquilar en el mejor hotel y resolvimos compartir una habitación para los cinco en uno de medio pelo. Recuerdo que cada uno de nosotros quisimos borrar la sorna con la que nos habíamos burlado de él, cuando el Pinacate confesó no traer más dinero que el que costearía su regreso en autobús. *Todos a una*, le ofrecimos que compartiera el cuarto con nosotros y, de hecho, entre todos le pagamos la cena en una céntrica fonda, aledaña al hostel, donde se apareció el supuesto empresario para ponernos al tanto del

corridón con el que supuestamente haríamos mucho ruido en el ambiente taurino.

El gángster nos informó que los toros ya dormían en los corrales de plaza, que el Presidente Municipal fungiría como Juez de Plaza, que la banda juvenil de la Secundaria Técnica amenizaría el festejo y que ya tenía en su hotel las banderillas para cada uno de los seis toros. También nos informó que la Asociación Mexicana de Picadores y Banderilleros había aceptado brindar las cuadrillas para la corrida sin cobrar un sólo peso y que, “para demostrar que esto va en serio, los toros llegaron con 490 kilogramos de promedio y saldrán en puntas. Ni *afeitados* ni *despunte*s, nomás pa’ que veamos de qué cueros salen más correas.”

Antes de que nos fuéramos a dormir, el dizque empresario nos ofreció ir a la plaza para que viéramos a los toros en los corrales y, si queríamos, ponernos de acuerdo para no sortearlos. Ahora me acuerdo ahora y siento el mismo orgullo atrevido con el que los cinco, además del Pinacate, le contestamos que “no necesitábamos verlos ni ponernos de acuerdo... que salgan tal como puedan entorillarlos... y que Dios reparta suerte.”

Creo que fui el único que durmió esa noche y no sé bien por qué. Lo que sí recuerdo es que nos levantamos sin despertador y que nadie tuvo deseos de desayunar ni una taza de café. También recuerdo que el cuarto se había apestado con un olor insoponible que nos obligó a abrir las ventanas desde las siete de la mañana. Habiendo dormido tantas aventuras juntos, los cinco sabíamos que el tufo provenía del Pinacate, pero nadie se atrevió a decirle nada. A media mañana llegaron al cuarto tres aficionados tampiqueños en perfecto estado de ebriedad y un reportero de un periodiquito local, sin cámara ni

grabadora a cumplir el simulacro de que nos entrevistaba.

Como era costumbre, Macedo y Mancera me vistieron primero, y luego enfundaron a Icaza en el impecable grana y oro que no me canso de recordar con envidia. Ramos se sabía vestir solo y empezó a ayudar a el Pinacate cuando de nuevo nos vimos envueltos en el frenesí nervioso, incontenible, de las mismas carcajadas del día anterior, pues sucedió que el pobre cucarachón sólo había podido alquilar un traje rosado, color pantaleta de viejecita, con más cornadas que las que le dio el toro *Michín* a Carmelo Pérez, pero para colmo remendadas con hilo negro. En realidad, nuestras carcajadas parecían disfrazar el evidente miedo que llevábamos bajo la piel y se convirtieron en risas de lágrima loca en cuanto el tal pinacate tuvo a bien calzarse por encima de sus arrugadas y gastadas medias un par de tenis negros, “porque ni modo, no me alcanzó pa’lquilar las pinches zapatillas”.

Del hostel salimos cinco toreros que aparentábamos elegancia, pero acompañados de un Cantinflas con ocho dioptrías en cada ojo. Nos fuimos andando a la plaza, creyendo que hacíamos honor a los toreros de antaño y en el patio de cuadrillas, en esos momentos en que el miedo se arremolina en el centro del alma, nos enteramos que el Pinacate nunca había toreado en su vida. Con una temblorina que le movía cada uno de sus huesos, los colchoncillos que llevaba como mejillas, y el negro armazón de sus pesadas gafas, nos confesó:

—La pura *verdá* es que logré juntar la lana que me pidió el señor empresario... y ganas no me faltan, porque me gustan un resto los toros... pero nunca he *toriado*, ni en ganaderías...

De pronto, cualquier posible miedo personal quedaba opacado por lo que teníamos entre manos como una papa caliente o, más bien, un frijol saltarín. Estábamos a punto de partir plaza con un pobre incauto que, de veras y más que cualquiera de nosotros, se jugaría la vida en serio. Creo que no fui el único en sentir que estábamos a punto de convertirnos en cómplices de un homicidio anunciado y más cuando el Pinacatazo se quitó los lentes y los guardó entre los pliegues de su chaquetilla. Como suele suceder con estos momentos en las películas de blanco y negro, el portón se abrió sin más aviso que el agudo llamado de un clarín medio desafinado que se oía a lo lejos y los cinco nos vimos acelerados a liarnos los capotes de paseo, medio arreglar la mantilla que había logrado improvisarse el Pinacate con el mismo fin, y salir uno por uno, cinco con la frente en alto, a encarar el luminoso relumbre de un ruedo recién regado.

Poco importó que en los tendidos vacíos apenas se pudieran sumar sesenta o setenta aficionados y que el alguacilillo —eso sí vestido como un Felipe IV de luto— no pudiera controlar las nerviosas zancadas de su famélico caballo. Lo único que nos faltaba llegó cuando el caballito se fue cagando sobre el largo trecho por donde teníamos que desfilar. Tampoco nos importó que, al momento de iniciar el paseílo, el Pinacate se agarrara del brazo del único de los cinco que le quedó a mano para no perderse en el trayecto hacia la barrera. Allí íbamos, cinco figuras en potencia, con un ciego en medio, sobre una arena salpicada de mierda.

Desde el ruedo, al llegar a desmonterarnos con el saludo de rigor, los cinco matadores, los banderilleros, los tres picadores y los siete o nueve mendigos

que disfrazaron ese día con el uniforme de monsbios, pudimos observar que el improvisado Juez de Plaza, H. Presidente Municipal, estaba borracho por la ondulación oscilante con la que apenas se mantenía en pie. También hizo evidente que no tenía idea de lo que es una corrida de toros al recibir el saludo ritual de las cuadrillas con el pulgar izado, como si fuera un César romano en pleno circo tropical. También alcanzo a recordar que la banda juvenil de la Secundaria Técnica no supo cómo terminaba el pasodoble con el que partimos plaza, pues optaron por un corte terminante *à lo mariachi* que fue rápidamente borrado por el toque del clarín que de nuevo desafinaba, pero para anunciar la salida del primer toro.

Intento recordar más detalles pero mi nublada memoria sólo logra hilar algunas circunstancias aisladas. Mancera cortó la oreja del primer toro, que de novillo tenía el recuerdo, pues era un toro hecho y derecho que infundió el suficiente respeto como para que no se nos ocurriera hacerle el tercio de quites. Macedo desorejó al segundo, un marrajo de más de 520 kilogramos que llevaba una cornamenta digna de convertirse en perchero de cantina, y Ramos bordó el toreo del más puro arte mexicano con una faena vernácula, ranchera hasta en el acompañamiento que instrumentó la banda de música. Fue premiado con las orejas y rabo, que paseó en apotheosis y con parsimonia a pesar de que sus vueltas al ruedo implicaban mostrar los trofeos a grandes secciones de tendidos completamente vacíos. Tuvo la deferencia de invitarnos a dar la tercera vuelta con él, cosa que inexplicablemente aceptamos y que queda para la historia como la única vuelta al ruedo que haya dado en su vida el Pinacate, del brazo de

quien esto escribe. Vaya en su abono que fue el único de los seis que creyó ver la plaza repleta, emoción que lo llevó a darle un apretado abrazo a Luis Ramos al terminar nuestro recorrido colectivo, con lo cual aplastó sus lentes que escondía bajo la chaquetilla rosa pantaleta y oro.

A mí me tocó el cuarto toro y recuerdo cada ápice de su lidia como uno de los momentos más prístinos de la felicidad. Lo recibí con cuatro verónicas y una media que provocaron oles que nunca más pude olvidar, pues venían del callejón, gritados por mis compañeros y por las cuadrillas, más que de los pocos despistados que cayeron por la plaza como asistentes. De hecho, ya había más público al lidiarse mi toro, por la hora en que salían los burócratas, secretarías y petroleros de Tampico, de sus trabajos; además de que el seudo empresario había ya decretado la entrada libre.

Era un toro que reunía los tres pelajes sobre sus lomos, sardo, listón y salpicado. Según el caporal enviado por el ganadero, ese toro pesaba más de 560 kilogramos en la ganadería, por lo que parece que lo lidié con 540. Recibió tres puyazos y le instrumentamos cuatro quites que allí quedan para la eternidad: lo saqué del caballo, del primer puyazo, repitiendo la guadalupana en seis ocasiones, caminándole y hablándole como si lo consintiera. Rafael Icaza se echó el capote a la espalda y le pegó las tres gaoneras más ceñidas que he visto en mi vida. Remató con una rebolera y, antes de que lo acercara un banderillero para el segundo puyazo, Mancera le instrumentó un pequeño concierto de tres chicuelinas que podrían haber opacado mi actuación si no fuera porque me inspiré y lo saqué del caballo a una mano, como si lo corriera, y ya engolosinado le receté el equivalen-

te a tres naturales con el capote, con la mano derecha pegada a mi espalda, y rematé con dos brionesas ligadas como forzados de pecho. Allí mismo le asestó el picador Carmona el cuarto puyazo a pesar de mis protestas, lanzadas como si fuera una figura del toreo a punto de realizar la faena de su vida.

Tuve el descaro de brindar su muerte a todo el público y sólo recuerdo que fueron más de tres tandas, quizá cuatro, todas con la izquierda, que me pararon los pelos de punta. Lo maté con dos pinchazos y una media lagartijera en el centro del hoyo de las agujas y reconozco que fue la borrachera, más no la razón del Juez, lo que me permitió pasear las dos orejas en una sola vuelta al ruedo que emprendí a solas, sin invitar a nadie más.

Para la hora en que Icaza se enfrentó al quinto de la tarde la ciudad de Tampico había iniciado el ritual del anochecer. Apenas concluyó el primer tercio de las auténticas pinceladas con las que toreó aquella tarde Icaza, nos vimos de pronto en medio de una plaza poblada por sombras. Era de noche y en la penumbra creo recordar que la faena de muleta fue artística, escueta, pero plagada de filigranas y que Rafa mató en la suerte de recibir, lo que justificó con creces el rabo con el que fue premiado. Aunque parece un sueño, más que un recuerdo lo veo aún con los trofeos en la mano, pero en medio de una oscuridad casi total. Subrayo esto por la adrenalina que nos invadió en ese momento, y más cuando el *gansterpresario* nos confió:

—Los dineros no alcanzaron ni para enfermería ni para el alumbrado... pos qué querían que hiciera con tan poca lana.

Estábamos, ahora sí, ante el inminente asesinato de el "Pinacate", que tenía que salir a jugarse

auténticamente la vida, y la vista, en plena noche y sin contar con el supuesto alivio de que hubiera servicios médicos para atenderlo.

Al tiempo que el pobre insecto se instaló en el burladero de matadores, sin siquiera el alivio de que pudiera calzarse los lentes para por lo menos intentar ver salir a su toro, los cinco hermanos de este Apocalipsis decidimos a sus espaldas hacernos del toro, torearlo entre los cinco con el humanitario afán de alejar al bicho de cualquier posible cercanía con el Pinacate y jugarnos nosotros mismos el albur de esa muerte. Al final, resultaba irónico que aquello que se había propuesto evitar el empresario fue precisamente lo que sucedía en el ruedo.

Me consta la forma envalentonada con la que el Pinacate salió del burladero y se plantó en el tercio, mirando al oscuro vacío que le quedaba a mano derecha, citando a voces y con bruscas sacudidas de su capote hacia donde él, y solamente él, había imaginado que se encontraba el toro. Sobra decir que el animal andaba en el otro extremo del ruedo entretenido con los capotazos con los que intentaban cerrarlo en tablas Mancera, Macedo y un banderillero.

No vale la pena forzar más mi memoria. Sólo quiero dejar por escrito lo que ha quedado como un momento insólito en la historia del toreo. Sucede que, engallado por no haber podido lancear a su enemigo, y picado en los más íntimo de su orgullo, el Pinacate de pronto sintió un momento de inspiración incontenible y con un atrevimiento pocas veces visto en una plaza de toros, sintió venir el bulto en la forma de una sombra indefinida y se dejó caer hincado para instrumentar un farol de rodillas que podría haber recibido el ole por parte del público o

de cualquiera de los que lo vimos, si no fuera porque se lo pegó al caballo del picador, al filo del tercio y a unos metros del burladero.

Que yo sepa, es la única vez en la historia universal de las corridas de toros en que un torero realiza un lance de capa al paso de un picador y su montura. Torear un caballo en medio de la oscuridad fue lo suficientemente ridículo como para justificar las carcajadas irrefrenables de todos los que andábamos en el ruedo y las de los pocos espectadores repartidos en la oscuridad que alcanzaron a ver el hecho sin comprenderlo en lo más mínimo. El bochorno hizo que el Pinacate se soltara a llorar ahí mismo, inmóvil sobre la arena de la noche y que, una vez que alcanzó a llegar corriendo al callejón, se resignara a no volver a salir al ruedo, sabedor de que su toro sería lidiado y estoqueado por los otros cinco.

Aunque volvimos a la Ciudad de México en el mismo autobús, consta en lo poco que me queda de memoria que el Pinacate casi no habló en el trayecto, aunque terminó riéndose él mismo del trance. Nos reíamos todos, sin saber el poco tiempo que le quedaban a nuestras ilusiones taurinas, porque también el chiste ponía al descubierto la ridiculez utópica de nuestras andanzas. Nos reíamos, sin intuir que terminaríamos envejeciendo.

No hace mucho tiempo, mis nietos me obligaron a asistir a la Plaza México con el afán de distraerme, aunque esgrimieron el pretexto de que toreaba un nuevo fenómeno de la torería mundial. El cansado episodio sirvió para que al escribir estas líneas no me acuerde de cómo se llama el fenómeno en turno, ni qué cosas pudo haber hecho en la plaza, pero lo que sí atesoro como una luz en medio de un callejón desierto es el hecho de haber visto a las afueras de

la plaza, de lejos pero inconfundible, a el "Pinacate". Ahí estaba parado, igual o poco más viejo que yo, con otro par de microscopios sobre los ojos —quizá las mismas gafas que rompiera en Tampico—, vendiendo billetes de lotería sin mucho entusiasmo, resignado quizás a que en sus manos no llevaba ningún premio mayor, pero con la serena elegancia de quien sabe que en algún lejano rincón de su memoria hubo un momento anónimo cuya fecha se ha perdido para siempre en que ese hombre vivió el milagro de convertirse él mismo en un farol en la noche.

ESO QUE SE DILUYE EN LOS ESPEJOS

Sabes de qué se trata. Has escuchado o leído este tipo de relatos y seguramente conoces cómo se tipifican estos crímenes. Todo lo irás recordando como una vaga imagen del pasado, porque todo esto será como un sueño tranquilo, como una lectura en silencio. En otros tiempos quizá se vuelva una costumbre terriblemente cotidiana, pero aquí y ahora, está muy mal visto. Sabes que tu barrio y tus costumbres son minucias ante la oficialidad monumental que te espera. Todo es parte de un silencioso desembarco que aquí se inicia en tu recuerdo.

Las imágenes reflejan su recorrido como si fueran escenas de una película gris y borrosa: una residencia de lujo, las plantas silenciosas y unos espejos que reproducen el choque de copas y la caída accidental de un collar de perlas. Es como si los espejos guardaran la imagen íntegra de aquella fiesta en tu mente, ¿qué más les queda? Nunca más podrán reproducir las risas ni los secretos. Esa mansión ya quedó clausurada por las autoridades.

El silencio de tus recuerdos se va volviendo cómplice de tu condena. Es un aullido callado, acusador, como los momentos sin un solo ruido que de niño te confirmaban la magia de tus trenecitos y la culpa escondida de tus mentiras. En silencio estas letras van formando visiones que se diluyen en los espejos de tu recuerdo. Te faltan pocos párrafos para ir a entregarte.

Abrirás la puerta como siempre lo has hecho y saldrás con cierta prisa, como saliste ayer, como lo haces a diario. Quizá te convenga afeitarte, procurar la elegancia y lucir tu corbata roja. Al llegar, simple-

mente entrégate, bien sabes que no es necesario describir los hechos —la prensa ya se encargó de reseñar detalladamente tu hazaña— y son muchos los que, de boca en boca, han memorizado el número de muertos y los enigmas de tu crueldad.

Los recuerdos que quedaron encerrados en esa residencia de lujo la han convertido en la mansión de tu propia mente. Una casona callada y fría que te desconcierta hasta calentarte las sienes. Los pocos muebles que no fueron alcanzados por las balas o salpicados con la sangre de tu noche son ahora los únicos habitantes de esa casona abandonada en tu memoria. Son como fantasmas que encarnan toda tu existencia, residentes de tu mente, inquilinos del recuerdo. Vuelan y desaparecen en los espejos de tus sueños enmarcados en maderas decimonónicas, doradas y colgantes.

De joven, en tus delirios confundías a los espejos con ventanas; los veías como cuadros de agua espectral, estanques poblados de sueños como si fueran paisajes de un túnel que se abrían ante tus ojos como pasajes a lo imposible. Pensabas que al incorporarte al vidrio despertarías en un lago de dimensiones infinitas y en medio de una placidez interminable. Esa noche, que ya es tu noche, veías en los espejos de la casa del crimen las lámparas de mil cristalitos como si fueran las olas de tus lagunas mentales, y en su reflejo escuchabas la música en vivo y sentías correr tu sudor, pero sin nervios.

Dos copas te ambientaron, te redujeron a la plástica y abrieron tu apetito. Ese sabor picante del hielo convertido en agua de whisky se mezclaba con tu saliva con la misma amargura que tienen los rencores incomprensibles. Tarareabas un tango mientras te iluminaba un candil con oros; luz tenue que no

dejará de ser amarilla, como una luz de madrugada, como la nieve que nunca se derrite en tu memoria. Tarareabas al son de la legítima plata *Christophe*, mientras tu traje de luto se paseaba entre los exagerados azules de la auténtica cerámica de Talavera, las alfombras ocre y los repetidos destellos de la elegancia que te rodeaba. Formabas una melodía interna al contemplar las imágenes que se deslizaban en tu mirada, reproducidas, multiplicadas en tus espejos.

Alargaste tu tonadita cuando saliste al coche por las metralletas. *No tardo, es que dejé en el coche mis cigarros... No, de verdad, no es necesario. En serio, no tardo y además, no hace falta... si dejé mi coche hasta delante, ¡Claro!, fui de los primeros en llegar...* No camines todavía, termina de leer. Entiendo que quieras cerrar los ojos, incorpórate y recrear tus pasos al coche. El jardín se ve más grande en tu recuerdo; con estas letras lo imaginas inmenso. Te distrajiste un momento al ver las velitas que flotaban en la piscina imperial. Si fuera de día, sería una alberca cualquiera, pero de noche es una piscina de residencia de lujo con velas que son reflejos en un espejo acostado que te invitan a sumergirte. Sentiste ganas de nadar, pero no. Tú tenías que cumplir tu sueño. Estaba todo arreglado.

Recuerdas tus manos al abrir la cajuela del coche. Primero levantaste la metralleta más grande; no sentiste el peso hasta cargar con la otra. Ni te molestaste en cerrar el auto; sentías prisa por volver a tu fiesta. Tu paso firme, arrastrando suficientes cartuchos como para abatir a un ejército. Subes los escalones de la entrada de mármol, sólo te ha visto un hombre que está en la puerta de la calle. Él piensa que las armas que llevas en brazos son una

broma más de la fiesta. Al periódico declaró que en todas las reuniones de esa mansión hacían “loquera y media”.

La primera ráfaga sonó como si las balas fueran tamborazos de la banda de música. Muchos pensaron que eran cohetes del más puro despilfarro. Los espejos se metían a tu vista bamboleantes porque tu cara, tus brazos y todo tu cuerpo vibran como un terremoto. Hacías fuerza para poder pasear tus metralletas de izquierda a derecha, como un regadero de muerte. Sentías cómo las balas perseguían a los gritos y rompían los cristales de tus espejos y esas ventanas que para ti son lo mismo. Veías cómo se teñían de rojo los fracs. Rojo y negro, declarando la vida en huelga. A tus pies rodaban las perlas, oías los gritos... los sigues oyendo con sólo leerlos.

El recibidor y la sala convertidos en una magnífica pintura horrorosa: los meseros vestidos ya de rojo total, boquiabiertos, jadeantes algunos, muertos la mayoría. Montones literales de gente estorban tus pasos, pero sigues firme, rematando. Que no se escape ni uno solo. Te recreas masacrando al pavo que reposaba en la mesa y de un solo golpe rompes los cisnes de hielo que decoraban la escena... los echas a volar... hacia los espejos.

Se te confunden las lociones y los perfumes con los olores de muerte y sangre. Algunos de tus fantasmas quedaron con los ojos fijos, mirándote horroizados para siempre. Ahora ves los charcos rojos en las alfombras terriblemente persas y uno de los músicos tiene la última osadía de quejarse cuando le atraviesas la garganta con el pico de la chimenea. Recorres la sala pisando manos y caras. Todos reproducidos para siempre en el terrible silencio de tu recuerdo, su propia tragedia en estas páginas.

Escuchas ruidos que vienen de arriba, de alguna habitación. Al subir, los encuentras vistiéndose. El asco que te da ver las canas demasiado blancas del viejo te impulsa a despedazarlos con tus propias manos; la muchacha pelirroja llora inmóvil, intenta huir. Te gusta ver cómo se le empapa la ropa interior con su sangre. Disparas la última ráfaga a las almohadas llenando de plumas la habitación, como si limpiaras las risitas y los quejidos que se vivían aquí hace unos momentos.

Fumando, bajaste la escalera. Tu cuadro de horror sigue inmóvil; ni un solo muerto ha cambiado de lugar. Sales de la cocina tranquilo y sin importarte que te puedan agarrar o que te estuvieran esperando.

Todo lo recuerdas como una visión borrosa, un reflejo en un espejo viejo y manchado. Al leer estas líneas te preguntarás si es simplemente un cuento, un sueño de los que sueles inventarte. Quieres incorporarte y huir, dejar estas hojas y salir corriendo. Sabes que eres culpable. Al leer estas líneas has recreado los gritos y la angustia. Estas hojas se han vuelto un espejo de papel. Con sólo leerlas has recreado los oleajes de tu memoria borrosa. En tu mente has vuelto a leer esas caras espantosas, has recordado los olores y aquella tonadita de tango.

Piensas que no puede ser cierto, pero te intrigan tus nervios. Dudas, como la primera vez que te viste en un espejo. Eres otro. Los planos se intercambian, los lados cambian de sentido. Al afeitarte verás que la navaja en tu mano derecha amenaza con cortar tu mejilla izquierda; los lados se intercalan, todos tus planos son un contrasentido.

Trata de recordar tus actos, todo lo que has hecho desde hace un mes, desde ayer; no puedes, te con-

fundes. Prefieres olvidar. Intuyes que todo salió como en un sueño; nadie te vio ni mucho menos capturó. Sabes que fue de noche, vestido elegante y en una desconocida residencia de lujo ajeno. Nunca has sido sonámbulo, pero no importa, porque da lo mismo si mataste dormido o insistes en el consuelo de olvidarlo. La culpa es la misma. Según crees, llevas una vida normal; tus amigos, tus calles, tus rutinas... Sientes miedo porque ya es inevitable tu entrega y el despertar retrasado de esta pesadilla que creías desconocer.

Tus imágenes se consumirán en pocas líneas y te entregarás sin mucha explicación. No será necesario hablar de estas paginas ni pedir confesor. No te despidas de nadie y procura no pensar. No intentes explicártelo, no lo entenderás; tu recuerdo, aunque lo releas, seguirá siendo vago y casi ausente. Mejor entrégate, deja estas páginas que sólo han servido para intentar reflejarte. Deja de leer; quema, guarda o, mejor aún, regala estas líneas. Apresúrate, después de todo, sabes que sólo entregándote completas las letras que hacen de este reflejo el crimen perfecto.

DE REGALO

La noche anterior a la presentación de mi primer libro en Madrid la viví como si fuese la víspera de la confirmación de una alternativa en Las Ventas. Al menos así lo percibí en todos los poros posibles: volví a soñar con el mismo berrendo impresionante, de 600 kilogramos, que se me aparecía como fantasma en las madrugadas de mi juventud; pasé el día sacudiéndome las piernas, como si los tobillos me colgasen de las rodillas, no por el frío madrileño, sino como banderillero al filo de colocarse en el burladero de contra querencia y anduve, ese día en Madrid, con las palmas de las manos sudorosas en busca de un percal, y con el alma de forastero en pleno foro. Al mediodía entró la llamada a la habitación de mi hotel. Era la voz de un pasado entrañable, la voz de Pepe Balsa:

—Hola, Monstruo —me dijo como si no hubiesen pasado los años—. Ya me imaginaba que estarías en el cuarto... como los toreros, ¡joé! Sosegando la víspera, ¿no?... A lo que vamos: te llamo para pedirte que te acicales... paso por ti más tarde... A las ocho en punto —y aunque yo quería zafarme del compromiso, y le insistí mi deseo de quedarme en cama hasta que fuera inevitable vestirme al día siguiente, y encarar el paseíllo de la presentación, Balsa no se dio por enterado y cerró la conversación con una media tajante —de las que parecen más bien recortes para dejar a un toro en la suerte exacta de varas:

—Es de corbata —colgó.

El monótono timbrado del auricular, en cuanto alguien nos deja colgado en la línea, se vuelve un

perfecto recurso para la hipnosis o, por lo menos, para la resurrección instantánea de toda una vida. Me quedé durante segundos escuchando el badajo electrónico y, de pronto, lo reviví todo

José Balsa Pérez visitó México en 1978. Iba como asesor de la Casa de la Moneda para el diseño y la confección de unos nuevos billetes que serían infalsificables, según se decía entonces. Era experto en fotografía y fotomecánica, huecograbado y *offset*, y no sé qué tantas suertes de imprenta. Me lo presentó mi padre la víspera de una novillada imposible en Ojuelos, Jalisco, que no recuerdo bien por qué me comprometí a torear. Como era mi costumbre, cuando andaba de novillero —y, por lo visto, también para presentar un libro—, sólo me serenaba encerrado en la habitación de los hoteles a la víspera y fue allí donde llegó Balsa con mi padre, ambos con el angélico afán de darme ánimos.

José Balsa Pérez sabía de toros y mucho. Había sido amigo de Ordóñez y de los Bienvenida. Llevaba en la cartera una fotografía en la que se le veía de joven, cargando en hombros al Litri, en plena calle de Alcalá... a dos calles de donde me hallaba ahora, víspera de mi presentación en Madrid. Colgué el auricular y, aunque quedaban muchas horas para cumplirle el compromiso a Balsa, me duché y afeité. Iba de salida de la habitación cuando recordé que había dicho que era de corbata, así que me regresé y, ya frente al espejo, como si siguiera yo la miedosa costumbre de antes, parecía que en vez de los ejemplares de mi primer libro, el tocador estaba poblado de estampitas religiosas y veladoras infalibles. Al anudarme la corbata —con la trenza delgada que delata a todo aquél que fue torero y que, en realidad, no sabe cómo amarrarse una corbata como

los demás mortales— me le quedé mirando. Era el mismo de 1978... los mismos nervios y confundidos sueños. Era yo.

Salimos de Ojuelos con dos orejas en la espuerta, un puntazo en la pierna izquierda y veinticinco mil viejos pesos en la cartera de mi padre. En el coche venía Balsa y durante el trayecto de regreso a Guanajuato se la pasó compartiendo con nosotros las mejores historias taurinas de su repertorio, además de chistes que a la fecha no dejan de romperme en carcajadas. Ocho días después, obispo y oro, otras dos orejas en San Luis Potosí, y Balsa que seguía llenándonos de vida... Ya en la Ciudad de México —en los días necios en que yo seguía pidiéndole una oportunidad de torear en La México al férreo doctor Gaona, empresario de la Monumental—, José Balsa Pérez me acompañaba a entrenar en los Viveros de Coyoacán y una sola, memorable mañana a oscuras, nada menos que al ruedo de la Plaza México, como si toreado de salón pudiera convencer al doctor Gaona con más argumentos que los recortes de periódicos en sepia y arrugados que mostraban los triunfos de Ojuelos y San Luis... Tres días después, Iberia directo a Madrid, Balsa se volvió a España y yo me quedé esperando una oportunidad que no llegó... una vida en humo que dejé por completo para convertirme, según yo, en escritor y llegar hasta la víspera increíble de mi presentación en Madrid, como si se tratara de la confirmación de esa alternativa que tomó mi vida al elegir escribir en vez de jugarme la vida con toros bravos.

Salí entonces de la habitación, corbata grana sin oro anudaba como mandan los cánones, abrigo doblado al brazo como si fuese capote de paseillo de festival y asumí no sé cuántas vueltas por el barrio

del hotel con el impasible propósito de hacer tiempo. A las ocho de la noche, menos dos grados de frío en Madrid, llegó puntual Pepe Balsa: estaba idéntico a pesar de la nevada de canas y algunos kilos encima de los años transcurridos. Me podría haber dicho lo mismo, salvo que en mi caso, haber dejado de torear me permitió granearme hasta alcanzar un peso digno de ser lidiado en novillada con picadores.

En cuanto subimos a su auto, Pepe Balsa —misma sonrisa de Ojuelos, mismo ser tocado por la gracia— me miró fijamente y dictó la orden de la noche:

—Te voy a pedir de favor que no me interrumpas... Vamos a emprender un trayecto que te debo y que hoy quiero intentar saldarte... Lo tengo tó preparado, así que por favor... —y no me dejó decirle que yo estaba dispuesto a llevarlo a cenar, que quería volver temprano al hotel para seguir con mi ritual de la víspera y no sé qué tonterías aledañas—. Que te calles, ¡por favor! Y no te ofendas, ¡joder!, que lo tengo tó coreografiao...

Al doblar la primera esquina, Balsa me habló de Hemingway y Ordóñez. Narró el pleito del gran Nobel gringo con Dos Passos y remató su hermosa historia de amistad y traición, ahí mismo, en donde estuvo el Hotel Florida y nada menos el escenario donde se mentaron la madre dos de los más grandes escritores gringos del siglo xx.

Recorrimos la Gran Vía con párrafos enteros del *Quijote*, que Balsa recitaba de memoria, para rematar —cronométricamente— en el semáforo de la calle Princesa, doblar a la izquierda y pedirme que me bajara de su auto para rendirle mis respetos al monumento a Cervantes. De pasada, le acaricié una pata de bronce al inmenso *Rocinante*, como si fuera el jamelgo de mi picador de confianza. De nuevo en el

coche, Balsa recitó pasajes enteros —más o menos de memoria— de Benito Pérez Galdós y remató —de nuevo cronométricamente— en el portal del edificio donde vivió y murió Galdós; sin explicación de por medio, me recitó entonces por lo menos tres de los *Veinte poemas de amor* (sin canción desesperada) de Neruda y, dejando el auto en doble fila, me hizo caminar con él hasta la esquina de Rodríguez San Pedro, la llamada esquina de las flores, donde vivió el poeta chileno.

El caso es que no alcanzan aquí los párrafos para reproducir fielmente el recorrido que me regalaba Balsa aquella noche de víspera, aunque puedo jurar ante un tocador retacado de estampitas religiosas que no he olvidado una sola de las calles, ni uno solo de los autores que, Balsa con su magia, resucitaba para mí como en una convocatoria de espectros para sosiego de un escritor en ciernes.

De vuelta por las calles cercanas a la Gran Vía, Balsa optó por un *Parking* y, aún sin dejarme hablar (“que no es conversación, tío”) me llevó del brazo por Preciados, bajamos a la Puerta del Sol y al llegar a la Plaza de Santa Ana, empezó a mezclar con sus referencias literarias las más alentadoras anécdotas taurinas: ante el Hotel Victoria me señaló desde la plaza la habitación donde se vestía Manolete y la que usó Arruza el día de su confirmación en Madrid... en la cervecería alemana me señaló el sitio exacto donde había escuchado hablar a Belmonte sobre los toros de Murube... en la calle de Huertas me llevó al portal donde una tarde remota había visto llorando nada menos que a Luis Miguel Dominguín.

—Quizá venía de acostarse con Ava Gardner en el Palace... y eso, ¡joé!, sólo se pué digerir con lágrimas...

Bajando hacia la Plaza de Neptuno me relató la increíble anécdota de una noche en que una banda de soñadores, evidentemente de juerga, habían convencido a Paco Camino de que se aventara una faena de salón en el Museo del Prado.

—¡Jó, qué gracia! ¿Te imaginas? Llevar al Maestro a que bordara filigranas delante mismo de los óleos...

Entre escritores y toreros, viejos edificios y calles, Balsa me estaba preparando un regalo invaluable, nada menos que la víspera de mi presentación en Madrid, y a mí se me nublaba la vista... hubo ratos largos en que todo parecía de blanco y negro... no nos importaba el frío, ni que los turistas nos vieran andando del brazo, como dos enamorados.... enamorados ambos de Madrid y de todos los benditos fantasmas que Balsa convocaba con su voz de tabaco negro y sus canas de sabio... Menos importaba la hora, el paso de las horas y, mapa callejero en mano, el increíble largo recorrido que debería habernos si no cansado, por lo menos acalambrado las piernas con el frío de Madrid y tanto trayecto verbal.

Puedo jurar que al llegar andando a la Plaza Mayor ya no tenía la más mínima necesidad de estirar las pantorrillas y fue entonces cuando me dijo:

—Mira Monstruo: hace años compartí la ilusión contigo de que algún día serías figura del toreo... Es más, compartí con tus padres el miedo indecible que llevaban en las venas cada vez que te vestiste de luces... A lo que voy: siempre he creído... Creo... que no hay mejor universidad que los libros y no te cofundas: uno se juega la vida tanto o más con escribir que con andar toreando...Lo dicho: escribir es torear y mañana confirmas esa alternativa en Madrid.

Me habías prometido —¿lo recuerdas?— que te vestirías en casa y que yo mismo te iba a llevar a Las Ventas en mi auto, llegado el milagro que hoy sabemos decidiste cambiar por otro... A lo que voy: la admiración que le guardo a cualquier valiente que se pone delante de un toro sólo ha sido superada siempre por la que le tengo a los escritores de verdad, los que no adelantan la suerte y se embraguetan con cada párrafo, los que saben cruzarse con las embestidas y no toreadan para el público, los que escriben sin importarles que en cada lance les va la vida y sin fijarse en lo que opinen los críticos desde el tendido...

>>No tengo otra cosa que darte... Te regalo Madrid —y en cuanto me lo dijo, se me llenaron los ojos de lágrimas—. Te regalo Madrid, que es tuyo... ¿A qué te sigue gustando la Plaza Mayor? ¡Pues es tuya, joé! —y empezó a gritar a voz en cuello:

>>—La plaza es de él... la plaza es de éste —señalando a unos turistas o paseantes trasnochados que caminaban por esa plaza soñada donde hace siglos se corrieron toros que se lanceaban a caballo...>>

De atrás del caballito que es estatua —nombre y figura de un rey que no recuerdo exactamente su nombre o número— se nos dejó venir, como berrendo que embiste de largo, un guardia municipal que se había avisado con los gritos. Balsa, como Tancredo, esperó el momento de la reunión y, como quien pega un quiebro, le dijo:

—Perdóneme... pero aquí mi amigo mejicano... Escritor que presenta mañana mismo su primer libro en Madrid... y que Usía seguramente reconoce por lo de los periódicos... pues resulta que es ahora el dueño de esta plaza y de Madrid entero...

El gendarme, que nos vio cara de dementes inofensivos, nos siguió el juego y se cuadró ante mí, con una sugerencia.

—Todo eso está muy bien... pero no es necesario ir dando voces... Mantengan la fiesta en paz y enhorabuena por su ciudad.

Nos reíamos, aunque yo seguía llorando, cuando enfilamos hacia la Puerta del Sol y Balsa seguía obsequiándome cada esquina y cada edificio, esa otra plaza, incluyendo el Ayuntamiento, la carrera de San Jerónimo, la esquina donde vivió Borges, la calle del Carmen, el Corte Inglés... y volvimos al *Parking* y de nuevo en el coche, Balsa siguió regalándome Madrid: me regaló la Gran Vía de principio a final, la calle de Princesa completita, el arco de la Moncloa, el campus de la Universidad Complutense —donde me obligó a bajarme en la entrada de la Facultad de Geografía e Historia y tirarme una de las meadas más memorables en la historia de la insolencia académica... Volvimos al centro de Madrid y me recitó a Quevedo en la calle de León, que me regaló junto con todo el barrio de Lavapíes —árabes incluidos— y luego me obsequió el viejo edificio en Atocha donde se imprimió el *Quijote*...

Aceleró hacia el estadio Bernabeu y me lo regaló, junto con la plantilla de jugadores que vestían la camiseta en ese entonces... me regaló el Paseo de la Castellana y los Nuevos Ministerios —sin la estatua ecuestre de Franco—, pero sí la de Castelar y luego la de Juan Valera, con todo y su Pepita Jiménez en mármol blanco. Me obligó a bajarme del coche, frente al Café del Espejo, atravesarme a la Biblioteca Nacional y tomar posesión de ella.

—Que además viene con todos los libros que tiene dentro.

Me regaló el Café Gijón —a punto de cerrar sus puertas—, el paseo de Recoletos entero y la Cibeles que ya había roto aguas. Me regaló al Neptuno (“aunque aquí festejen, muy de vez en vez, los del Aléti...”) y la estación de trenes de Atocha —con locomotoras y vagones dormidos—. Volvió por el lado contrario y me obsequió el Jardín Botánico, como si fuera un ramo; el Museo del Prado —donde de milagro no pidió que me bajara del coche para aventarme una faenita a los pies del Velázquez de bronce, ya también de mi propiedad— y, girando en Nuestra Señora de Correos, subimos por Alcalá para que me regalara la Puerta cacarizada a balazos, el Parque del Retiro... y a pesar de que yo no podía dejar de llorar, me hacía reír Balsa con los chistes que intercalaba en su coreografía, y me regaló al Espartero con todo y los huevos de su caballo y el barrio de Salamanca, de calles vacías, recién llovidas por el frío de esa víspera inolvidable y me mareó dando vueltas, enredándome la cabeza con más y más fantasmas de escritores, la casa de los Bienvenida, la calle donde vivió Alfonso Reyes, el bar donde paraba Pío Baroja... un mareo que de pronto se interrumpió en una calle que creo recordar que se llamaba Bocángel...

Entonces me hizo bajar de nuevo del coche y, al preguntarle que ahora a dónde íbamos, y dejarme hablando solo, se regresó al coche y sacó del maletero su vieja cámara fotográfica y el aparatoso flash con los que se había ganado su larga y provechosa vida en la Casa de la Moneda (“Real Fábrica de Moneda y Timbre” que me permitió viajar a Méjico... y fincarme el regalo que hoy te doy, Monstruo... ¡Qué eres un Monstruo!) y sin que lo pudiese haber imaginado, doblamos la esquina con Alcalá... y vi de lejos, como catedral en penumbra, ese sueño aluci-

nante, anhelo de todo torero, que se conoce como Monumental Plaza de Toros Las Ventas...

Conforme nos acercamos, mientras pensaba que Balsa me la quería regalar tomándome una foto en la Puerta Grande, como si saliera en hombros... la foto que yo mismo había abandonado en mis sueños al olvidarme de una vocación... Balsa me obsequió el monumento a Fleming, el vuelo en bronce del Yiyo y al entrañable Antonio Bienvenida, cargado en estatua a hombros de su propia cuadrilla... y me acerqué con pasos lentos a la Puerta Grande... y me volví a apretar el nudo torero de mi corbata, y girando para posarle de frente a José Balsa Pérez, fotógrafo entrañable, taurino de cepa y enciclopedia de todas las literaturas de Madrid, me sorprendió ver que no llevaba izada la cámara, ni sacado el flash de la espuerta... En eso escuché que se abría la reja a mis espaldas y una voz de zarzuela me preguntaba desde la penumbra:

—¿Señor Hernández?

Me quedé helado... y más en cuanto la luna dejó ver al diminuto guardaplaza, con su abrigo de duende, su bufanda de nostalgias y su voz de zarzuela que me repetía:

—¿Señor Hernández?...

Y yo que le digo a Pepe Balsa:

—¿Qué has hecho? ¿De qué se trata esto?

Y que me indican el paso... y que entramos a la oscuridad total del breve túnel y, cruzando la hoja abierta de ese portón de madera legendaria, se encienden todas las luces del universo...

—Venga Monstruo, da la vuelta al ruedo.

Y yo que veía los tendidos llenos de aficionados y en el palco real a la Condesa de Barcelona con las Infantas, y escuchaba en medio del silencio gritos

de *to-re-ro* y a mis espaldas, como si fueran mis banderilleros, Pepe Balsa y el guardaplaza, callados, al paso, como si levantaran del albero sombreros invisibles y claveles inexistentes, y se me llenaban los ojos de sal y de todas las luces... La Luna era el Sol... y me sentí el hombre más feliz del mundo y en pleno centro del ruedo de la Monumental de Las Ventas tuve el descaro de alzar los brazos como si llevara las orejas inmensas de un berrendo de 600 kilogramos, ya en el destazadero de mis recuerdos... y entonces sí, cámara en ristre, Pepe Balsa me tomó la fotografía que ambos habíamos quizá soñado una remota víspera en Ojuelos, Jalisco...

—Y déjate de mariconadas...

Al darle el abrazo... con esa sonrisa de niño canoso que me sigue por todas partes, por las calles del Madrid que son de mi propiedad cada vez que lo sueño... con esa voz de tabaco negro que sigo escuchando en las madrugadas, buscando el constante sosiego desde que todos los días se convirtieron en vísperas... todos los días una confirmación de alternativa... me abraza Pepe Balsa y con una palmada sobre la hombrera de alamares invisibles, me remató el regalo con un adorable:

—Venga, que te llevo al hotel... que mañana presentas un libro.

ÍNDICE

Nota introductoria <i>José de la Colina</i>	3
Nota bibliográfica	7
Un farol en la noche	8
Eso que se diluye en los espejos	32
De regalo	38



Jorge F. Hernández, Material de Lectura, Serie El Cuento Contemporáneo, núm. 124, de la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM, se terminó de imprimir el 5 de noviembre de 2011. La composición tipográfica, formación e impresión se hicieron en los talleres de Grupo Edición, S.A. de C.V., Xochicalco 619, Col. Letrán Valle, 03650 México, D.F. Se tiraron 1 000 ejemplares en papel Cultural de 75 gramos. La composición se hizo en tipos Oficina Serif Book de 8, 11 y 15 puntos. La edición estuvo al cuidado de Ana Cecilia Lazcano.



